

# En el cuerpo de un gato

Margarita R. Dager-Uscocovich

182

La noche era perfecta, corría una ligera brisa y Anastasia estaba colocando el pequeño sombrero de brujo a Mortimer. Yo la dirigía hacia las calabazas talladas con imágenes sonrientes para tomarles la foto del recuerdo, la que en los últimos tres años desde que Mortimer llegó a casa solían tomarse juntos. Anastasia seguía hablando y acicalando a su compañero de travesuras. Mortimer era hermoso, su pelaje brillante y oscuro, conjuntamente con aquellos ojos amarillos que parecían abarcar de una mirada todo lo que lo rodeaba, me provocaban curiosidad casi obscena. Su mirada hablaba y sus gestos se asemejaban a los de un humano. Tenía la costumbre de besarnos en la mañana, sus cariños no eran los típicos lamidos de un gato hacia su dueño, no, por el contrario, sus labios húmedos se pegaban a los nuestros y con su pata nos acariciaba los cabellos mientras se balanceaba sobre las mullidas almohadas. Él no bebía su leche del tazón en el piso, por el contrario, desde el día que arribó a casa impuso sus propias reglas.

Siempre subía a la silla, con su cuerpo alargado apoyando las patas delanteras en el cuenco para deleitarse con la leche tibia. Lo mismo ocurría a la hora de la cena, sus modales eran impecables para ser solo un felino. Cuando Anastasia leía o hacía sus tareas de matemáticas, las cuales le daban un poco más de problema, nuestra mascota gatuna la guiaba de una forma incomprensible para mí. Empujaba sus patas hasta las respuestas y jugando con los

lapiceros y borradores de goma lograba que mi hija encontrara la respuesta correcta.

Empecé a pensar que yo estaba demente.

Con el transcurrir de los días fui observando sus movimientos con verdadera curiosidad y atención. Tenía una forma tan celosa de resguardar el que ahora era su hogar. En las madrugadas se desvelaba encendiendo la luz de la sala de un salto contra la pared para luego ir acomodándose al lado del último libro que yo dejaba a medio leer. «¡Increíble!», me decía. No lo hemos entrenado para eso, luego me tapaba la boca en señal de asombro.

Notaba el detalle de la bombilla encendida con más frecuencia cuando al levantarme al baño el destello se reflejaba en la pared del fóyer. A veces me quedaba parada observando estupefacta cómo sus ojos seguían la lectura de los libros. Parecía que en realidad podía leer. Su cola se meneaba en signo de aprobación sobre las páginas, su rostro felino y sus orejas puntiagudas se dirigían hacia mí en señal de reproche por la interrupción. Sus ojos, sin embargo, me recordaban tanto a los de Lucas, aquel esposo que había desaparecido en una de las confrontaciones militares americanas en Karachi, un año atrás.

—Mortimer, ¿qué haces aquí? Vamos, cariño, es hora de dormir.

Esa era la frase que empleaba para no alterarlo. En ocasiones su cambio de humor no era propio de una mascota y solía ausentarse desapareciendo dos o tres días, pero luego lo encontraba hecho un ovillo en la entrada principal, hambriento, con algunos rasguños y restos de sangre que asumía era de animales.

Esa noche de Halloween les tomé la foto del recuerdo y los dos salieron en busca de caramelos. Mortimer haciendo sonar su

cascabel iba detrás de Anastasia con pasos apresurados para no perderse, mientras yo recibía a los pequeños del vecindario haciendo gala de mi sombrero de bruja con la famosa frase «Trick or Treat».

La noche transcurrió sin contratiempos, cenamos juntos los tres. Cada uno llevó a cabo su rutina antes de dormir. El cepillado de dientes para Anastasia, el lavado de la loza para mí y el descanso hasta la madrugada para Mortimer, no sin antes despedirse con ese beso húmedo con olor a leche tibia, el olor dulce y fresco del lácteo entero que a él tanto le placía llevarse al estómago.

...

184

La rutina de ir al baño no me daba descanso. Una madrugada al azar escuché un sonido poco habitual, era como un gruñido un tanto ligero, casi silencioso, pero en el que existía dolor. Me asomé despacio por la escalera y la luz de la sala se reflejaba en la pared frente a mí, supe en ese momento que Mortimer estaría haciendo de las suyas con mis libros. Pensé hacia mis adentros que pude haber escuchado mal, volví a la habitación sin darme cuenta de que algo se cocía a mi alrededor. En el día de los difuntos, antes de salir a misa, vi a Anastasia correr detrás de Mortimer quien a su vez se escabullía entre las matas del patio, atravesándolas como alma que lleva el diablo con dirección al lago. Anastasia corrió y yo corrí detrás de ellos. El pelaje frondoso y atezado de nuestro gato se perdía entre el follaje verde del bosque y otra vez los gruñidos con tintes de dolor se hicieron presente, volviéndose espectrales y envolventes. Lo buscamos por horas.

La tarde cedió ante la noche y luego, por primera vez, el gélido nocturno hizo mella en nosotros obligándonos a abandonar a

nuestra mascota en lo sombrío del anochecer. En los días siguientes nos dedicamos a pegar volantes en los barrios continuos y en los refugios sin suerte de que apareciera. Sin embargo, en las madrugadas escuchaba el aullido de un animal adolorido, no sonaba como el de los lobos en la noche de luna llena, sino más bien como un niño que se lamenta porque le han arrebatado un dulce. El llanto era continuo y cansón. La piel se me erizó, mi intuición me decía que era nuestro Mortimer, el palpitar de mi corazón me indicaba que no estaba perdido, sino que, en ese sonido inarticulado, la pena o la rabia lo mantenían lejos. Por primera vez sentí miedo de la noche y corrí a meterme en mi cama.

Pasaron muchos días sin saber de Mortimer, la casa se tornó vacía y la rutina diaria, monótona. Los ojos grandes de mirada fija de nuestra mascota ya no se reflejaban en las mañanas con sus besos ni sus patas acariciándome el cabello. Un sabor a desilusión se había quedado en nosotras como cuando dieron por desaparecido a Lucas, mi esposo.

Otro suceso siniestro empezó a rondarnos. Aullidos. Sí, aullidos que nos erizaban la piel. Día sí y día no, nos taladraban los oídos, nunca eran a la misma hora, pero no dejaban de pasar un poco después de las diez de la noche.

A fin de mes, mi vecino de al lado fue encontrado muerto frente al lago que rodeaba el vecindario. Su cuerpo tenía rasguños profundos y estaba cubierto de pústulas y gusanos. Nos enteramos por los vecinos que habitan en la casa al otro lado de la laguna que rodea nuestra manzana. Dijeron sin mucho aspaviento que la policía vendría en cualquier momento a hacernos la visita de rigor al pasar por nuestra casa de camino a la suya.

—¿Será un lobo salvaje, mamá? —preguntó Anastasia.

—Puede que sí, cariño, puede que sea un lobo o un gato salvaje —comenté sin darle mucha importancia a pesar de que el acontecimiento de la muerte incrementó mi zozobra, ya que relacioné el fallecimiento con los lamentos de pena que se dejaron escuchar la noche antes del deceso.

Mientras entrábamos a la casa, mi cabeza pensaba: aquellos sí eran gemidos salvajes, más bien aullidos de un animal feroz o endemoniado.

Me asusté de solo recordarlo. También fui presa del pánico porque hice memoria que, en la noche del último gemido en el bosque, las veladoras de mi habitación que ardían con su llama apaciguada se apagaron de golpe. Un olor nauseabundo y penetrante a sangre invadió el ambiente y después todo se quedó en silencio. Eso sucedió cuando murió mi padre, ya que su muerte fue violenta. Con mi madre no sucedió.

186

La sensación de atraer con mis pensamientos a los muertos o a los fantasmas se apoderó de mí. Ligeros aires fríos envolvían mis pies, subiendo hasta quedarse entretejidos dentro del pecho. Después de la noticia que dieron mis vecinos, el día se vistió de preocupación y de tristeza. Al llegar la noche me sorprendí una vez más pensando en lo raro de las coincidencias. Nunca creí en fantasmas, los muertos siempre habían estado muertos y solo les temía a los vivos. Traté de tranquilizar mi mente ahuyentando el miedo por si acaso con el rezo que mi madre le hacía a las almas del purgatorio. Así, me quedé dormida.

Al día siguiente de esto, sonó el timbre, pensé que podría ser la policía que continuaba sus investigaciones. Pero no, no era la policía. A quien vi fue a Lucas, yacía sobre la alfombra de entrada. Rasmillado, andrajoso y casi desnudo estaba en casa. Me quedé

impávida unos segundos, no sé muy bien cuántos fueron. Observé que su cuerpo moreno brillaba y sus ojos amarillos seguían transmitiendo calma y felicidad, aunque los signos de confusión eran palpables. Estiró su mano hacia mí y lo abracé. Grité el nombre de Anastasia y ella bajó los escalones de dos en dos. En nuestros rostros se dibujó la alegría. No hubo tiempo para preguntas. Lucas, el amante, esposo y padre desaparecido estaba con nosotros. Eso era lo único que importaba. Mis ojos no daban crédito, pero la verdad era que lo había extrañado muchísimo por demasiado tiempo y ahora lo tenía conmigo.

...

Todo ocurrió demasiado rápido. Las horas del día se evaporaron. La dicha nos consumía de forma tal que en un segundo el día dio paso a la noche y ya todos estábamos haciendo nuevos planes. El tiempo había pasado, estaba consciente de ello. Pero me dejé llevar a sabiendo de que la felicidad no me duraría mucho. Existía un palpito incómodo en mi corazón.

Cuando fuimos a dormir y Lucas miró la cama de refilón, yo supe lo que deseaba, yo también lo deseaba, Lucas puso su cabeza en mi cuello, me olisqueó tratando de impregnar su olfato de mi loción de noche, su respiración tenía el sonido de un ronroneo agitado, mientras más cerca estaba yo, el sonido se volvía un gruñido sensual. Hizo el ademán de besarme y fue exactamente ahí, cuando su aliento me olió leche tibia. Inmediatamente la imagen de Mortimer me invistió. Lucas adivinó mis pensamientos, me miró y dijo:

—Yo asesiné a tu vecino, lo quise matar desde el primer día porque supe de sus malas intenciones, te espiaba, te perseguía.

Vendí mi alma para volver a ustedes, me quemé en la hoguera del infierno. Tenía que volver de alguna manera.

—Calla, no digas nada —susurré en su oído.—Debo retornar como Mortimer mañana. Mi paga por estar aquí es tener que matar una vez a la semana.

Cuando pronunció esta frase, las velas que ardían en el dormitorio, tranquilizando con sus olores a hierbas aromáticas la estancia, se apagaron, y el aroma a brisa marina, a tierra mojada y a fuego, indicaron que tendríamos los tres que sujetarnos a cambios radicales.

Después de esto, un «bienvenido a casa» salió de mi boca y la noche nos cubrió con luces mortecinas.

### **Margarita Dager-Uscocovich**

Guayaquil, 1967. Es autora de la novela corta *No es tiempo de morir*, que ha sido premiada varias ocasiones en el año 2019, y su versión en inglés en el año 2020. Actualmente escribe artículos de opinión sobre política, derechos humanos y entrevistas en el periódico *La Nación Ec*. Su narrativa y su poesía se puede encontrar en la revista digital de literatura *Label me Latin*, de Estados Unidos; en *VozES Expresión*; en *Tlacuache*, *La Coyal*, y *Caina Fanzine* México. Trabaja en su nueva novela: *Las queremos vivas*.